

ÍNDICE

- I.- MARRUECOS
- II.- CARMEN
- III.- FERNANDO
- IV.- DESTINO
- V.- LAS CASAS
- VI.- INCENDIO
- VII.- EL HOMBRE
- VIII.- INVITACIÓN
- IX.- VOLUNTARIO
- X.- LA UNIÓN
- XI.- TIEMPO
- XII.- ESPERANZA

CAPÍTULO I

MARRUECOS

El traqueteo del tren y el ansia que tenía por encontrarme con Raquel no permitieron que aquella noche conciliara el sueño, era mucho el cansancio que llevaba acumulado pero el tren cama de los ferrocarriles marroquíes, con ocho pasajeros por compartimiento, balanceaba mi sopor impidiendo que cayera en brazos de Morfeo salvo en contadas ocasiones.

Eran algo más de las ocho de la mañana cuando se anunciaba la entrada en la estación de Marrakech, me di cuenta porque mis compañeros de viaje salieron precipitadamente, observando por las ventanas que el tren se quedaba vacío rápidamente. El cansancio que llevaba me retuvo en mi lecho largo rato, hasta que, de un salto, me bajé de mi litera, saliendo el último del tren, justo cuando el revisor iniciaba la ronda.

Deseaba enormemente que llegara este instante, la vería allí, esperando para recibirme con ese beso ardiente con el que tantas veces me hizo soñar por internet. No era para más, hacía cuatro meses que no veía a Raquel, mi novia, y, durante ese tiempo, mantuvimos contacto por e-mail y teléfono. Había conseguido una beca en una empresa de telefonía que intentaba implantarse en territorio alauita a través de comunicaciones de móviles. Terminó con éxito la carrera de ingeniería de telecomunicaciones y el placer por la aventura la hizo embarcarse en aquel proyecto. Raquel era inteligente, alta, pelo largo y castaño, y unos ojos azules que brillaban con intensidad. Sus ganas de viajar habían encontrado en aquella beca una importante opción para conocer un país tan increíble como Marruecos.

Su destino fue Casablanca y allí encontró, junto a otros compañeros de trabajo, a Pablo, un optimizador de antenas encargado de localizar puntos estratégicos donde implantar nuevas torres de comunicaciones y su interconexión con las centrales madre. [...]

CAPÍTULO II

CARMEN

Las luces de las farolas iluminaban difusamente el asfalto mojado a través de la niebla, tamizándola y provocando un ambiente de incertidumbre en la ciudad. Un viento frío y húmedo calaba la ropa hasta los huesos, despertando del letargo del sueño a los que, a tan tempranas horas, recorrían, autómatas, el camino al trabajo o a casa de regreso tras una noche de vigilia en cualquier bar de moda, de guardia en alguna empresa o simplemente dando el paseo al perro, sin haberle dado todavía tiempo a la propia alba a aparecer tras la cercana sierra.

Era muy temprano de un día festivo, un domingo frío de enero antes de amanecer. Atrás quedaron los excesos y regalos de las Navidades y, por qué no, también la tristeza que dicha fecha conlleva. Los coches dormían y sólo el taconeo con paso ligero a lo lejos, y el golpeteo de las ramas contra las farolas o las fachadas movidas por ese viento gélido invernal, se escuchaba por toda la calle. No había más ruido que ese, ni los gallos ni los autobuses de la línea urbana, se habían desperezado aún, agotando los últimos minutos de sueño antes de ponerse en marcha. Una carrera de hojas secas sucedía sin testigos, volteando, elevándose y volviendo a caer al suelo.

La ciudad dormía, pero como luciérnagas surgiendo en la oscuridad podían verse en los bloques cercanos, algunas luces encendidas a medida que la paz de la noche tocaba a su fin y cedía el paso al bullicioso día.

La luz reflejada en un charco, se dividía en multitud de pequeños destellos, en una superficie agitada por la brisa y creaba ondas que estallaban en pequeñísimas olas contra la acera, perdiéndose entre las ruedas del todo terreno aparcado junto a ellos a pocos metros.

En un absurdo ciclo inacabado de luces en la noche, un solitario semáforo marcaba el ritmo con su baile de colores, el sonido del rápido caminar calle arriba, se volvía más cercano a cada paso, haciendo próxima la presencia de aquella figura surgiendo entre las luces y sombras, anónima, arropada por un oscuro abrigo con el cuello subido y las manos en los bolsillos aquel hombre [...]

CAPÍTULO III

FERNANDO

A pesar de tener un cómodo sillón de oficina en su despacho, Fernando no acababa de encontrar la postura adecuada para poder trabajar. Era una oficina pequeña en una modesta clínica de un popular barrio de Cáceres, no hacía demasiado tiempo que se había instalado allí con más ilusión que dinero, y desde entonces no le había faltado trabajo.

Aquella mañana de mercadillo se encontraba actualizando la base de datos de la clientela, y revisando la lista de medicinas y vacunas que debía pedir, todavía era temprano para que llegasen los clientes un día como ese, así que aprovechó el momento para dedicarse al ordenador y poner al día el trabajo atrasado. Desde su sillón, podía observar la puerta de entrada aunque el sonido amable de unas campanitas anunció la entrada de su primera mascota enferma.

Era una chica joven de pelo largo y oscuro, vestía de sport y la acompañaba un travieso y juguetón cachorro de pastor alemán que, con toda seguridad, vendría para su primera vacuna. Como mascota no la conocía, tenía buena memoria para los animales y él no estaba en su mente. Se levantó y saludó a la chica cortésmente, dándole la bienvenida e invitándola a pasar al interior para pedirle algunos datos y ver qué le ocurría a su perrito. Era la primera vez que asistía a consulta ya que “Drago” había sido un regalo de su familia por su cumpleaños y no había venido con anterioridad. Así y todo, Fernando la miraba disimuladamente y sobre todo cuando ella le dedicaba caricias a su perro, que era cuando no perdía detalle de sus gestos y formas.

-Perdona, ¿seguro que es la primera vez que vienes?, tu cara me resulta familiar, -preguntaba Fernando con cara de duda.

-De verdad, es la primera vez, no sé, soy de Cáceres y por eso a lo mejor te resulta familiar mi cara, seguramente nos conocemos de vista, -respondía la chica. [...]

CAPÍTULO IV

DESTINO

Era un día lluvioso de esos típicos de primavera, el agua chocaba fuerte y constante contra el frontal del coche, y cada golpe del limpiaparabrisas intentaba aclarar las ideas y despejarme de lo que hasta un mes antes había sido el motivo de mi existencia, sin embargo, las oscuras nubes cubrían de pesadez mi mente, manteniéndome meditabundo en la penumbra de un pensamiento que no se iba, como este gris plomizo que me acompañaba todo el día y creía seguirme allá donde fuera.

La carretera apenas se veía por la lluvia; mis ideas, la vegetación y el color grisáceo del día, hacía que la conducción, lejos de ser agradable como tiempo atrás, en los días de alegrías, cuando paseábamos sólo por placer bajo la lluvia, se volviera agotadora. Ni siquiera era consciente muy bien si el camino elegido era el mejor, si la carretera escogida me llevaría a buen puerto o si el día era el adecuado para viajar.

Mi mente se abstraía y perdía una y otra vez en aquel día en que se truncaron todos mis sentimientos, en el que el futuro se vino abajo, en el que se apagó mi vida, lejos de aquellos labios que un día yo mismo, durante un juego, llegué a pensar que perdería para siempre.

Fue al salir de una de tantas curvas cuando vi pasar delante de mí toda mi vida en un segundo, en el que contemplé con nitidez aquello acontecido hace mucho tiempo y que por más que te esfuerzas por recordar, jamás emerge del infinito de la mente, fue al salir de una de tanta curvas, cuando, en un charco formado por un arroyo, que se había salido de su cauce buscando su propia e ingenua libertad, desperté bruscamente, donde mis años de experiencia se pusieron en alerta y donde vi como una exhalación un Seat Ibiza rojo con cuatro caras anónimas ajenas a todo lo que, en cuestión de décimas, podría pasar. Creo que ni si quiera fueron conscientes de lo que por mi mente pasaba, ya que pude girar a tiempo, antes de salirme a la cuneta y salvarles a ellos de ver sus recuerdos regresar a su cabeza, esos que tan adentro guardamos y [...]

CAPÍTULO V

LAS CASAS

Era todavía temprano pero no era capaz de dormir. A pesar de haber cerrado la contraventana de madera de mi habitación, el sol entraba por todas partes e iluminaba, más que suficiente el interior para dejar entrever que me encontraba bajo unas vigas gordas de castaño que sostenían sobre ellas el peso del tejado.

La estancia olía un poco a humedad, era más bien pequeña con las paredes pintadas con un azul descolorido por el tiempo, remataba a un metro con pintura marrón oscura. La cama sobre la que yacía era más alta de lo que yo estaba acostumbrado, era ancha y el cabecero era de forja, terminada con bolas de metal dorado. A priori parecía la habitación principal de la casa, aunque no tenía servicio, y me obligaba a bajar a la planta baja donde recientemente habían hecho obras para convertir una pequeña cuadra, donde hasta entonces los antiguos dueños hacían sus necesidades, en baño, porque para alquilarlo necesitaban hacer uno.

Me incorporé y la cabeza me dio vueltas, necesitaba ir a orinar, tomarme un café y un paracetamol. Las losas de pizarra del suelo hacían crujir la madera bajo mis pies y lo hice con cuidado para intentar no despertar a Teodoro, que no sabía dónde se encontraba debido al estado en que había llegado.

Al pasar junto a una habitación con la puerta entreabierta, no pude más que mirar adentro para curiosear, y vi a Teo dormido y que se encontraba más o menos bien. Me dije a mí mismo que no estaba bien lo que hacía, pero me picaba más la curiosidad de penetrar en su intimidad que su estado de salud.

Se había mudado a una sala más pequeña que la mía, por las vistas a la sierra, ya que vi a través de los cristales el inmenso pinar que se extendía ladera arriba. Ahora que lo pienso, no me fijé a dónde daba la mía, daría a una zona de tejados colindantes. Era la suya una habitación pintada de blanco, con una estantería llena de libros a la izquierda de la cama y una mesa tipo despacho bajo la ventana, [...]

CAPÍTULO VI

INCENDIO

-Torre del Chorro para Base, ¿me recibe?

-Adelante Torre del Chorro para Base.

-Comunico la existencia de columna de humo en las inmediaciones de Cadalso, dirección Descargamaría, muy próximo a la carretera.

-Recibido Torre, interrogo si se ha puesto en comunicación con el Agente Forestal de la Zona para supervisarlos.

-Afirmativo Sierra, me comunicó que no se encontraba en las inmediaciones y que mandáramos la brigada de Hoyos para una rápida intervención.

-Recibido Torre del Chorro, me dispongo a mandar al retén de Hoyos en clave 1.

Esta mañana, una mañana que despuntaba como calurosa, no se presentaba más problemática para José y sus compañeros que las anteriores, que había empezado a trabajar. José era un chico de veintidós años que había entrado a formar parte del personal del INFOEX en la zona de Sierra de Gata, más concretamente en la base de helicópteros de Hoyos. Se había quedado en paro y había visto en esta oportunidad una salida para obtener dinero y trabajo en su pueblo natal. Su forma física y sus resultados en los test psicotécnicos y culturales le habían hecho merecedor de tal puesto. Nunca había participado en grandes incendios, ni tan siquiera en otros de menor envergadura o peligrosidad, su trabajo como camarero en Naval Moral de la Mata se lo había impedido, viéndolos exclusivamente por la televisión. Así y todo siempre había deseado participar en uno, un gran incendio sin que supiera muy bien lo que ello conllevaba.

El parte meteorológico anunciaba vientos suaves con rachas a moderado, altas temperaturas y cielo despejado. José había dormido en la base esa noche y estaba tomando café con el resto del equipo, el piloto, el jefe de retén y los mecánicos; charlaban de las fiestas que ese fin de semana se celebrarían en los pueblos de alrededor y a las que asistirían para disfrutar con los amigos y calmar sus hormonas si [...]

CAPÍTULO VII

EL HOMBRE

Eran las seis de la tarde, la luz del día empezaba a disminuir y las nubes en el horizonte auguraban nubosidad para el día siguiente. Los rayos del sol se filtraban entre ellas y daban un cálido color a las fachadas de madera y adobe de las casas. El rebaño de cabras del Sr. Juan pasaban junto al coche camino de su cuadra, dejando un ligero manto de cagarrutas que, a modo de alfombra, nos indicaban el camino de salida por la Calle Mayor. Pude observar entonces el aspecto triste y el color apagado del pelaje de las cabras, no le di importancia pero la experiencia de mi profesión me indicaba que algo no marchaba bien con su salud.

Una ligera brisa movía los pinos en una danza sincronizada de suaves vaivenes. Un milano negro sobrevolaba las viñas camino de su nido, donde su pareja, aguardaba el regreso.

Don Julio, Julio como me pidió más tarde que le llamara, y de tú, con toda confianza, se persignó al pasar frente a la ermita del cristo agonizante y el cementerio que dejábamos a la derecha, según nos alejábamos entre castaños, jaras y pinos. Se mantuvo un rato en silencio y con los ojos cerrados, inmerso en su particular plegaria, como siempre hacía antes de un viaje según me contó. No me invitó a compartir ese momento con él por no estar del todo seguro de mis convicciones, algo que agradecí al tener olvidadas realmente las oraciones que de pequeño había aprendido sin comprenderlas. Siempre me planteé qué era la religión, qué papel jugaba verdaderamente la figura de Dios en el mundo. Si nuestro Dios era único, ¿cómo se explicaba entonces la existencia de los demás? Algo chocaba en todo esto, por lo que había decidido aparcar mis creencias hasta la edad adulta en la que pensaba, iba a comprender todo, Dios, la muerte, el infinito, el Universo.

El viaje a priori, con un cura a mi lado, [...]

CAPÍTULO VIII

INVITACIÓN

-No deberías comer eso, ¿no decías que querías adelgazar para el verano?

-Si tienes razón, Carmen, pero es que esta dieta me está matando de hambre, y un día es un día, ya sabes lo bien que cocinan aquí los espaguetis con gambas. ¡No sabes la suerte que tienes con poder comer lo que quieras!

-También me controlo, no creas que a mí no me gusta la pasta, pero ya la he comido esta semana y hoy toca ensaladita, además también hago algo de deporte, camino por la sierra y llevo vida tranquila. ¿Por qué no pruebas a cambiar de dieta?, quizás no te han puesto la correcta -preguntaba Carmen.

-He probado muchas y te digo que no son efectivas, piensa que te hacen perder peso en una semana y no es saludable. Ésta al menos, te permite comer lo que quieras sin pasar hambre... habladurías, yo la paso, ya sabes que siempre he sido de muy buen comer.

-Sí, Almudena, si lo sé, pero se acerca el calor, y dime tú, ¿qué vas a hacer con el bañador del verano pasado? Te lo querrás poner, ¿verdad?, si seguimos engordando no se fijarán en nosotras, y Raúl mirará a las demás.

-Raúl se fijará en todas me coma la ensalada o los espaguetis, los hombres, son los hombres querida. Que pase una chica con falda a su lado, se la comen con los ojos estés o no delante -respondía Almudena haciendo una mueca con la boca.

-¿Y no te molesta que mire a las demás? -preguntaba Carmen dudando.

-No, tampoco puedo hacer otra cosa, así cuando yo quiera que cumpla, lo hará mejor si ha estado viendo toda la tarde bombones que no puede comer -decía Almudena con una sonrisa traviesa en los labios y encogiéndose de hombros.

-¿De verdad que no te molesta? -insistía Carmen.

-El pobre lo hace discretamente pero le he pillado varias veces aunque me hago la distraída. Lo que sí me molesta es cuando estamos con una pareja amiga nuestra y se hacen señales entre ellos para mirar a [...]

CAPÍTULO IX

VOLUNTARIO

Aquellos ojos oscuros comprendieron que pronto tendría que abandonar su casa como otras tantas veces, por precaución decían, dejando atrás su vida, sus recuerdos, su hogar. María, a sus ochenta años, había vivido muchas historias felices en aquella pequeña casa de madera y piedra y otras tristes como la muerte de Severo, su marido, en un incendio forestal mientras intentaba evitar que las llamas llegaran a su huerto, río abajo. Esta vez lo entendía ya de otra manera, sentía que la mujer de negro pronto tocaría a su puerta y esta vez veía en el humo el aviso de su presencia.

-Esta vez no me muevo- pensó en alto, -ya he vivido demasiado y es hora de encontrarme con él allá donde esté, si el Señor ha decidido que hoy es mi último día, bienvenido sea -dijo con voz serena.

A través de la pequeña ventana de su cocina, y simplemente con apartar aquella pequeña cortinilla blanca con ribetes verdes, tenía la visión perfecta sobre el valle, su casa era de las primeras del pueblo y delante de ella, sólo había huertos y la serrería al otro lado de la carretera. Había previsto unas patatas para comer y fue al levantar la vista hacia la ermita del humilladero, cuando observó a través del ventanuco, la gigantesca columna de humo que se elevaba frente a ella, dejando pequeñas a las montañas que flanqueaban el valle, su color gris oscuro y la velocidad de ascenso eran claros síntomas de que lejos estaba, aquella mañana, de ser controlado. Evacuarían el pueblo, posiblemente el fuego vería el color de la cortina de su cocina, posiblemente vendrían a buscarla pero sabía que si eso ocurría, no la encontrarían, había decidido quedarse y vivir lo que, años antes, Severo había sufrido por defender su huerto. Ahora le tocaba a ella y los sabía, su fin se acercaba.

Un sentimiento de paz abrazó a María por unos instantes y apagó el fuego que hacía hervir el agua para la comida, permaneció un rato de pie pensando, y rogó a Dios que hoy fuera su día y la llevara ante Él, aunque no deseaba en el fondo que toda aquella riqueza se perdiera, ni [...]

CAPÍTULO X

LA UNIÓN

Lo primero que hizo Jorge al bajar del coche fue venir a saludarnos. había aparcado junto a la ermita del Cristo agonizante, como yo la llamaba por la expresión de la figura, o del Humilladero como era conocida, y atravesó la explanada esquivando a los chicos que jugando al rescate, corrían de un lado a otro. Caminaba despacio, con la camisa por fuera de los pantalones, sucio de arriba abajo, sudoroso y con una cara de venir tremendamente cansado.

Sentado en una silla junto a la improvisada pista de baile y un tanto apartado del bullicio de la fiesta, se encontraba Luis, con su cayado en la mano y empujando el codo, dando los últimos sorbos a un chato de vino de pitarra, color teja, con cuerpo y rancio sabor, del que ya habló Cervantes en su obra “El Licenciado Vidriera”.

Traía buenas noticias del incendio, a última hora de la tarde habían comunicado a la Mesa Regional de Cáceres, el control del mismo. La intervención del hidroavión y la calma del viento junto con el excelente trabajo de los retenes, había impedido que el fuego llegara a nivel dos, el que se alcanza cuando son arrasadas cien hectáreas arboladas. Fue importante y a punto estuvo de evacuar Descargamaría, pero gracias a Dios, como Jorge dijo, no ocurrió.

-Tómame algo -dijo Luis-, te invito.

-¡Gracias, lo necesito!, ha sido un día duro y vengo sediento, ¿qué te han dicho al final?

-Que tengo para un mes, me hice un esguince según Carmen, la sobrina de Manolo, ya sabes que es enfermera y me lo ha vendado, ya mañana bajaremos a Coria que me lo revisen en el hospital, hoy ya no me apetecía.

-Y Fernando, ¿dónde está? -preguntó Jorge buscándolo con la vista.

-En la barra ayudando a Manolo y Andrea, él se hizo sólo un rasguño y se encuentra bien. [...]

CAPÍTULO XI

TIEMPO

Era una de esas noches en que una pareja sale a cenar, dejando atados en casa los problemas del día a día, una de esas noches en que, deliciosos manjares y gloriosos caldos sacados de la tierra, seducen a aquellos paladares poco acostumbrados a los lujos, tan siquiera de una noche. Un día como hoy lo habían disfrutado varias veces, tenían por costumbre acudir a caros restaurantes de la ciudad para probarlos todos y deleitar su paladar con mundos diferentes de sabores y aromas, arropados por lo general con embrujadores decorados. Eso no dejaba de ser anecdótico por lo que significaba, era como un juego para ellos, un cruce de miradas indiscretas disfrutando del cuerpo del otro, una mezcla de perfumes y esencias, un roce de manos, un beso en la mejilla frente al espejo, un juego erótico de dos amantes.

A veces no importaba el vino o la cena, no siempre del gusto de los comensales, por el punto de sal o la atención recibida; eran más los preeliminares, que ellos se encargaban de prolongar más de lo necesario, aumentando el deseo de permanecer juntos cada vez que lo practicaban.

Una cena fuera de casa significaba arreglarse y disfrutar de algo que jamás se prepararían en casa y menos antes de dormir, por lo demás, estar juntos era lo más importante para ellos desde el día en que decidieron compartir el piso de Fernando, tras conseguir Carmen el traslado a Cáceres. Desde entonces habían compartido muchas cenas y mucho juegos, que les hacía mantener viva la pasión, aquella que en otras ocasiones se pierde y se aleja en la memoria, pasando a convertirse en pura amistad.

Una noche estrellada de septiembre, con el viento en calma y la luna ausente, como si hubieran salido juntos, en una analogía con los amantes enseñaba el camino con miles de pequeñas luces brillando para ellos, como un gran ramo de flores blancas hecho especialmente para una novia, sólo para ella, todos lo ven y sólo ella lo posee. Las mismas que al pasar por calles poco iluminadas, surgían en la [...]

CAPÍTULO XII

ESPERANZA

Las bromas y las risas dieron paso a caras de preocupación y angustia, las pulsaciones habían descendido en breve tiempo a ochenta por minuto y de vez en cuando desaparecían del monitor. El personal médico lo alegó a un mal funcionamiento del sensor y lo sustituyeron, pero antes de salir de la habitación, pudieron comprobar que el ritmo cardíaco del bebé fallaba en la misma medida que antes. Ahora ya no había duda y comunicaron a Fernando que debía abandonar la habitación, el niño venía con problemas y le practicarían una cesárea a Carmen en el quirófano de la planta, que prepararon rápidamente.

Él permanecía inmóvil, observaba y veía la escena desde un rincón de la habitación, de pie, sin saber qué hacer ni qué decir, con los ojos puestos en Carmen e intentando entender el dolor del parto por el que estaba pasando. Una joven enfermera le indicó que era el momento de salir y que esperara afuera en la sala, que ya le avisarían.

El tiempo transcurría sin noticias y con la incertidumbre que quedó sembrada en su mente con aquellas palabras “...*el niño viene con problemas...*”. No había nacido y ya conocía que la vida no es fácil, llegaba luchando por vivir. Después de veinte minutos en tensión y atendiendo alguna llamada de los amigos, el nombre de Fernando Casillas resonó en alto en la fría estancia del hospital donde aguardaba. Un fornido y canoso celador, empujaba una pequeña cuna transparente cubierta, que alojaba un precioso bebé, limpio, rosadito y con el pelo fino y oscuro. Al final pudo verle, ya estaba con ellos y sabía que no había sido fácil para Iván, nombre que decidieron hacía tiempo para su hijo.

-Nos has dado un buen susto -dijo Fernando muy cerca de la cuna como si el recién nacido pudiera entenderle.

Fueron breves instantes los que disfrutó de su hijo, pero supo al verle, que estaba unido a él para toda la vida. Ahora había que preguntar por la madre y cómo había sucedido todo [...]